

DESTELLOS BÁRBAROS DE PRIMAVERA CLINICA

*Je propose des fantaisies informes et irrésolues
comme font ceux qui publient des questions
douteuses á debattre aux écoles; non pour établir la
vérité, mais pour la chercher.*

Montaigne.
Ensayos

I

Esta endiablada María de los Ángeles

Alguien llama a la puerta con la suavidad atípica de los ángeles hipócritas. Y ella, Hermanita de la Caridad, se desliza gris en la habitación con pálida sonrisa de virgen desesperada. Ambas manitas de dedos alabastrinos apretando su misal, escudo defensor del bajo vientre. Está en esa edad imprecisa donde juventud y madurez disimulan por ver si cuele. Son bellos sus tristes ojos azules y con ellos hace juego la brillantez alcaída y fofa de una piel que nunca conoció caricia de macho.

- Buenos días, señor... Luminoso día ¿no es cierto?

Y sin esperar respuesta a la evidencia misma desborda palabras proselitistas tantas veces pronunciadas.

- La Primavera rejuvenece todo lo que toca, sobre todo en nuestro jardín. La Naturaleza despierta. Todo florece a porfía loando a nuestro Buen Dios. ¿No cree usted que la Primavera es la estación más cerca del cielo? Incluso ustedes los pacientes cambian, ni siquiera el sufrimiento puede permanecer insensible a tal maravilla, a este reflejo de la Divinidad. Tal belleza posee poderes analgésicos. Pensar en Dios, rezar, calma el dolor. Nada más cierto.

Esbozo un amago de irritación volviendo la cabeza a la pared pero el mismo tono monocorde lo ignora.

- La enfermera me dice que la operación fue todo un éxito.

Y usted tiene un rostro muy relajado, muy en calma. Todo en su persona respira paz y equilibrio.. Y confianza en su destino también. Usted sabe bien buscar las manos que curan, sabe actuar con cordura.

Le dirijo una mirada asesina mas ella evita el enfrentamiento visual. Sólo está interesada en vender su mercancía.

- Y le sobra razón. El Doctor Gland es una eminencia, un ser excepcional. El mundo entero lo admira. Es también todo un santo. La Gracia Divina guía sus manos. Nunca olvidaré el día en que empecé a trabajar en la clínica. Llegaba ya con una especie de aureola alrededor de su cabeza. Acababa de terminar sus estudios. Hoy, apenas diez años después, el mundo se

ha rendido a sus manos. Y el pobre trabaja sin respiro. Ni un solo día para él. Todo lo que toca cicatriza. A menudo puede hablarse de milagrosa imposición de manos. No debo decir esto, pero la verdad no admite tapujos. El Buen Dios le ha concedido el don de curar. Usted ya ha curado, créame, hermano mío, no por el bisturí sino por el tacto misericordioso del Doctor Gland. A pesar de sus dolores post-operatorios está usted curado para siempre. El Doctor penetra con el bisturí de la Gracia de Dios hasta el fondo del mal para erradicarlo y se haga la luz. Muchas almas condenadas fueron curadas física mas también espiritualmente. Le hablo así porque su calma me rinde confianza y paz. Sé que usted es un buen hijo de Dios.

Y tomando respiro apoya el misal con fuerza en su bajo vientre posición que la obliga a bombear el torso y desvelar unos pechos generosos y firmes. Enseguida enrojece y se desinfla poco a poco mientras que el misal se aleja del vértice más caliente de sus muslos cuando comprueba que la contemplo con no disimulada concupiscencia. Silencio que aprovecho para ofrecer también su tercio a mi palabra envenenada de causticidad.

- Temo no haber entendido correctamente, hermana. ¿Dice usted que el Doctor penetra con el bisturí hasta el fondo para conseguir qué? ¿La luz? Continúe, continúe, a mi Freud más intenso interesa sobre todo eso de penetrar a fondo y el remate de la luz. Soy ingeniero de espíritus, es mi oficio, y todo lo que se relaciona con la técnica despierta mi interés.

- ¿Ingeniero de espíritus?

- Escrivano, con uve de vano, para ser más precisos.

- ¿Y qué escribe?

- Novelas de intenso amor, Hermana, de amor, ese fungida que desinfecta cualquier veleidad cordial.

Enrojece esta vez con intensidad más acusada alejándose un buen metro del borde de la cama antes de que su voz adopte una más bien falsa seguridad.

- Vamos, vamos, hermano, hablemos de cosas serias.



CHC

Con tal frase no se da cuenta que acaba de traicionarse: todo lo dicho con anterioridad fue puro parloteo Terminaron las maniobras de acercamiento, la conversación de rutina, las frases repetidas años tras años.

- Como usted quiera, Hermana. Estoy siempre dispuesto a hablar de cosas serias sin olvidar, eso sí, las demás, a menudo **más interesantes. Es lo que practico a diario con mis fábulas. Es el amor, se lo repito, ese fungicida etcétera, el tema que más me interesa.**- digo, clavando los ojos en su pecho y de seguido en su escudo bíblico.

- Pues bien, hermano, confieso sentirme un tanto perdida. ¿Es usted creyente?

- ¿Creyente en qué?

- En la existencia de Dios.

- No. Yo sólo creo en la existencia, sobre todo en la mía, sin más zarandajas.

- ¿Qué dice? No será usted un infiel...

- Eso depende de qué fidelidad, Hermana.

- De la fidelidad a Dios, desde luego... Todo el mundo cree en Dios, los musulmanes, los protestantes...

- Precisamente por eso yo no creo. Detesto las creencias masivas por su impenitente mal olor, sobre todo.

- En fin ¿qué religión practica?

- Carezco de fanatismos, Hermana, exceptuando el de la pasión por el placer -respondo guiñando mi ojo más picarón.

- ¡No puedo creerlo!

- Sí, Hermana, es la pura verdad. Soy budista y usted sabe que el Budismo no es buen ejemplo de religión revelada.

- ¡Acabemos! Usted tiene un Dios. Su Dios es Buda.

- Buda no es un Dios. Ni nunca tuvo tal pretensión inútil. Es un ser humano y su enseñanza gira esencialmente alrededor del reconocimiento evidente de la existencia del sufrimiento, no de Dios. No tenemos, Hermana, problemas de paraíso o de infierno. Buscamos erradicar o al menos aliviar el sufrimiento sin falsas apoyaturas en fuerzas sobrenaturales o ajenas a su realidad. Sólo creo en el amor, en la belleza, en el deseo, en las mujeres apetecibles como usted. Creo en la evidencia del sufrimiento y en que debo dotarme para calmarlo. El Paraíso, el Infierno, qué necesidad, qué divina estupidez... La única relativa certidumbre es renacer, algo que nada tiene que ver con el alma ni con otras cosas más pasajeras...

La hermanita palidece. Aprovecho su embarazo para con un gesto firme de cabeza y mano obligarla a acercarse. Hipnotizada y lenta se aproxima. Revienta el azul de las venas en sus manos aferradas al protector misal de su virginidad.

Ya a mi lado con la mano izquierda la desembarazo del remedo de tampax eremitorio mientras que con la derecha doy un pellizco a la firme mística de sus muslos. Retrocede con tal fuerza que cae al suelo a hábito alzado hasta la garganta. Asisto a un espectáculo de indudable comicidad. La mística Hermana no lleva bragas quizás obligada por el triple cilicio que rodea cintura y parte de las nalgas. Un culo de espinas coronado, una auténtica muestra de erótica cristiana. Muestra el pubis castigado para calmar placeres que asaltan a mente y cuerpo con insana cobardía. Y como cayó hacia la cama de al lado y el hábito queda prendido en el reborde del sommier no bajará el telón sobre el ridículo melodrama si alguien no lo remedia.

Mientras disfruto del espectáculo de los estupendos muslos virginales alguien llama a la puerta antes de abrir y obtener permiso



como acostumbra la ineducada educación clínica. Desví mis ojos hacia el Crucifijo colgado en la pared frente a mi cama y aún las manos en compungida posición de rezo.

La Enfermera Jefe entra y queda con la boca abierta. No puede creer lo que ve. Rápidamente se avalanza a la cama y no sin esfuerzos consigue desenganchar el hábito e incorporar a la hermanita quien con ojos luciferinos observa mi actitud orante, corre hacia la puerta y exclama:

- ¡Va de retro, Satanás!

Me persigno y respondo: - ¡Que Dios te acompañe, Santanita!

La enfermera fija sus ojos asombrados en mí y tras un largo silencio que aprovecho para seguir rezando quiere calmar su curiosidad:

- ¿Pero qué ha podido pasar por la cabeza de una hermana tan devota, tan pura?

- Entre pura y puta media una letra tan solo y ya es sabido que es en los conventos donde el Diablo halla su más voluptuoso refugio. Recuerde los diablos de Loudun. Oremos por su alma. Oremos juntos por el alma de Sor..., Sor...

- María de los Angeles.

- Dios bendiga y asista hasta su redención de los pecados a Sor María de los Angeles.

- Amén.

Y vuelvo a mis devociones. La enfermera de agitada respiración se arrodilla junto a la cama y ambos rezamos con fervor comiéndonos los ojos con ganas por el alma poseída de Sor María de los Angeles.

¿Quién duda de que la Primavera es la estación dilecta del Diablo?

II

Desequilibrios en el jardín

La primavera la pluma altera.

Despierta la Primavera. La mañanica augura un hermoso Sol resplandeciente. Me decido a plantar mi pie sano en el suelo y bajarlo al jardín de la Clínica donde anteayer le hurgaron hasta el alma de sus más viejas pisadas. Con el paso también amaratado logro llegar hasta el ascensor. Dentro una anciana bruja me sonrío acechante. Llegamos a la planta baja evitando contemplar nuestras respectivas desgracias. Nos decimos apenas adiós con leve movimiento cómplice de cabeza y sin más esperas me dirijo apoyado en la muleta a la puerta de entrada y a la escalera abierta al jardín. Bajo los escalones con dolido dificultad. Intentando concentrarme en la hermosa jornada soleada tan esperada de repente veo que una jovencita se acerca. Camina despacio. Estamos solos. Es muy bella y en su presencia siento -normal tras seis estaciones más dos primaveras de castidad, es decir dos años de amor resignado- un inconveniente y maleducado sobresalto de mi tejido orgánico vergonzoso.

Cuando me decidía a negociar con el último escalón ella se desplazaba hacia la entrada de la clínica. De súbito llega a mí un rechinado sordo de la grava. Me vuelvo. Ha resbalado y su cuerpo queda en decúbito supino como quien dice. Me siento

totalmente impotente con muleta y pedestre hinchazón para prestar ayuda alguna mas me acerco a ella. ¡Y encima embarazada! No me di cuenta cuando se cruzó conmigo. Se frota las manos y con la cabeza baja mira inquieta su abombado vientre sin decir nada, sin lamentarse: un bello cuadro hiperrealista o quizás una virgen puta del Renacimiento.

- ¿Mucho daño, Señora?

- Espero que no.

Y prosigue retorciéndose las manos quizás en pos de una fractura supuesta. No sé qué decir incapaz de ayudarla.

- Señora, estoy recién operado. Por desgracia nada puedo hacer por usted.

Sonríe con lucecita de mirada tierna en sus bellos ojos azules.

- Yo tampoco por usted, Señor. Nada de nada. Ya es tarde, muy tarde...

Permanecemos en silencio el uno con su pie amaratado preguntándose por qué es tarde a media mañana y la otra en el suelo con el grueso vientre palpitante y sin saber por qué dijo tal incongruencia. Ambos comprendemos a la vez el ridículo de la situación y reímos de buena gana.

- No se inquiete, Señor, siga su camino...

Empiezo a alejarme de ella cuando una súbita locura me obliga a volverme y gritarle:

- ¡Esto la enseñará a no dejarse penetrar por el primer golfo que encuentra, so zorra!

Abre la boca de par en par y tras un silencio incómodo como todos los silencios en ocasiones similares habla casi en sordina:

- Pero como sabía usted...

- Su desequilibrio habla por sí solo y por nosotros, golfita mía..., sin hablar de vuesa singular desmemoria...

- ¿No puede ser un poco más amable?

- Tal falta de equilibrio me vuelve loco, me indigna, me envenena. Hasta siento la tentación de torcerle el cuello.... - mantengo algunos segundos el silencio hasta oír sorprendido mis propias palabras - ... por haberme cornamentado y además, para mayor escarnio, por un mariconzuelo... ¿No soy lo bastante macho para ti, instintiva barragana?

Empieza a llorar a lágrima batiente.

- Sí, llora ahora, llora, por un amor que nunca fue y jamás empezará ¡Vete al Diablo y que no vuelva a verte nunca más!

Y con tales palabras me alejo húmedo de lágrimas tan ajenas hacia el fondo en sombra del jardín; atrapado en mi alucinación ya no necesito el Sol primaveral sólo un silente rincón donde aniden todas las ineptas desgracias del mundo, mas a pesar de los pesares la mañana se empeña en su belleza tan absurda como la vida misma.

III

Escribir el olvido

El gran Mandarín vestido de azul Dior entra en mi habitación de paciente impaciente rodeado de la típica parafernalia de jovencitas enfermeras, internos y otros seres inferiores vestidos de blanco sin marca; bombea el torso y se digna mirarme desde su augusta altura.



Yo estaba escribiendo. Las clínicas excitan mi sublime imaginación hasta su orgasmo menos aséptico. Mi buen Caillois decía que a los escritores debían de encerrarlos o en una cárcel o en un hospital - cierto es que la literatura universal cuenta con más libros escritos por enfermos y presos de sí mismos que por sanos y libertos de espíritu: sin alquiler, sin gas ni electricidad, sin impuestos ni seguros que pagar ni resacas que soportar, sólo el tiempo en blanco de la página abierta a una improbable libertad.

En las clínicas las enfermeras intercambian chismes jocosos sobre las manías de sus pacientes.

- Es un tío raro. No hace sino escribir todo el día.

Una de ellas me preguntó horas antes:

- ¿Escribe usted una novela?

- Dos, hermosa enfermera mía.

Con ojos sorprendidos volvió a preguntar:

- ¿Dos a la vez?

- Sí, cuando acabo una hoja, vuelvo a escribir entre renglones para ahorrar papel; truco ya ensayado por los más promiscuos palimpsestistas hace siglos. Buen método para ahorrar papel y escribir dos novelas a la vez, una tras otra o sobre la otra si se prefiere, cual amantes conmistos.

Se largó con cajas destempladas de las jeringuillas en sus manos, más bien erecta que jeringada.

Y mira por donde el Mandarín Azul Dior acaba de hacer la misma pregunta inelegante de las gentes que se creen jóvenes e intocables por el calendario.

- ¿Escribe sus memorias?

La pregunta llega justo en mi día de rapidez mental acelerada:

- Escribo mis olvidos.

- ¿Sus latidos? - pregunta con el oído profesional más deformado.

- No, no Doctor, mis olvidos. Sabe usted que cuando se alcanza edad tan avanzada como la mía la memoria se pierde lo cual no entraña ningún dominio de la insensatez. Montaigne decía que puede perderse la memoria mas no el entendimiento. Carezco de mérito alguno y como no recuerdo nada escribo mis olvidos.

Toda la Corte de los Milagros quirúrgicos me observa con blanca conmiseración hasta que el Augusto logra desplegar su énfasis tras haber digerido mis argumentos:

- Desde luego debe ser usted un escritor genial. ¡Escribir los olvidos! ¡Escribir los olvidos!. Bravo, Señor, estupenda respuesta. ¿Me la regala?

- Con mucho gusto, Doctor... y si en algún momento necesita alguna más venga cuando le parezca a mi consulta.

Ríe a carcajadas. El coro de la Corte ríe también. E incluso alguno o alguna cortesana borra de su rostro la conmiseración. El Mandarín me estrecha la mano con denodado afecto y se va sin examinar mi estadillo ni preguntarme cómo me encuentro. Me deja más bien inquieto ya que quizás por simpatía con el olvidadizo Mandarín las enfermeras tampoco me proporcionan la ración cotidiana de analgésicos. De modo que no voy a tener más remedio que llamarlas antes de que se me olvide.

Emilio Sánchez-Ortiz (Madrid, 1933) canario por afinidades atlánticas y real gana desde 1950 confirmadas a partir de 1970 con el notorio latiguillo de "escritor canario residente en París"

En La Laguna (Tenerife) fingió estudiar Derecho mientras dirigía la revista universitaria NOSOTROS, fundaba el Teatro de Cámara y Ensayo LA CARÁTULA, jugaba tenis y se iniciaba en los placeres solitarios de las letras. Desde 1970, un año peripatético en Londres exceptuado, reside en París en donde desde hace más de dos décadas habla a diario en las ondas empecinado en no agravar su estado patográfico para evitar a colegas inútiles sarpullidos y desazón a arriesgados lectores.

Es autor de libros de relatos: *Cuentos* (1959), *Un Domingo a las Cinco* (1964), *Las Primeras Horas* (1965), *Hoy como todos los días* (1968), *Cuentos, Historias y otros deseos insatisfechos* (1967), la novela corta *El Vencido* (1968) y las más impertinentes *PDMA35* (1973), *O* (1975), *Apocalipsola* (1981), *El Ojo de la Nieve* (1993) y un reportaje con pretensiones de retrato psicológico de quien fue amigo y contradictor inolvidable *Eduardo Westerdahl*. Se asegura que estas obras, en el camino que va desde el realismo tradicional hasta las estéticas más sospechosas y oscuras, suelen estar pobladas de personajes escépticos, melancólicos, fracasados, solitarios y cáusticos, a su imagen y práctica semejanza. Actualmente sigue en sus catorce con la *noctave-la* de la bohemia dorada franquista de los años 60 isolanos *La Destrucción de la Comedia*.

Ha cometido la imprudencia temeraria de dos poemarios *Escapar de este Silencio* (1966) y *Abierta Memoria Dolorida* (1967). Como crítico putativo ha escrito tres centenares de inéditos tientos a escritores clásicos franceses y traducido al castellano otros más modernos de la misma Lengua. Conferenciante, periodista de a pie y figador de la plástica moderna ha colaborado en periódicos y revistas españolas y extranjeras que se dejen.

Su último poemario *Dicho sea de paso...* (1999), es una selección de pe(n)sares absortos extraída de su Diario *Las Palabras y los Días*.